

Romeo y Julieta

William Shakespeare

PERSONAJES

PRÓLOGO. CAMPOS ROCHA.

- 1. SANSÓN. ESCALANTE.**
- 2. GREGORIO. ADRIÁN FLORES.**
- 3. ABRAHAM. FRANCISCO LUIS.**
- 4. BALTASAR. ANTON LANCEFORD.**
- 5. BENVOLIO. LUIS FERNANDO.**
- 6. TEBALDO. DAVID RUIZ.**
- 7. CAPULETO. ÁLVARO SILES.**
- 8. LADY CAPULETO. LAURA DE BRUYM.**
- 9. MONTESCO. SEBASTIAN STIRLING.**
- 10. LADY MONTESCO. BETH HAMILL**
- 11. PRÍNCIPE. ALEJANDRO VEGA.**
- 12. ROMEO. MILENA FERNÁNDEZ.**

Prólogo (CAMPOS ROCHA)

En la hermosa Verona, donde colocamos nuestra escena, dos familias de igual nobleza, arrastradas por antiguos odios, se entregan a nuevas turbulencias, en que la sangre patricia mancha las patricias manos. De la raza fatal de estos dos enemigos vino al mundo, con hado funesto, una pareja amante, cuya infeliz, lastimosa ruina llevara también a la tumba las disensiones de sus parientes. El terrible episodio de su fatídico amor, la persistencia del encono de sus allegados al que sólo es capaz de poner término la extinción de su descendencia, va a ser el asunto de nuestra representación. Si nos prestáis atento oído, lo que falte aquí tratará de suplirlo nuestro esfuerzo.

Acto primero

Escena I

(Verona. Una plaza pública. Entran SANSÓN (Escalante) y GREGORIO (Adrián Flores), armados de espadas y broqueles.)

SANSÓN (Escalante). Bajo mi palabra, Gregorio, no sufriremos que nos ataquen, quiero decir que si nos molestan sacaremos el acero.

GREGORIO (Adrián Flores). Sí, mientras viváis echad el pescuezo fuera de la collera.

SANSÓN (Escalante). Yo soy ligero de manos cuando se me provoca y la vista de uno de esos perros de la casa de Montesco enciende mi sangre.

GREGORIO (Adrián Flores). No debemos huir, ser valiente es aguardar a pie firme.

SANSÓN (Escalante). Un perro de la casa ésa me provocará a mantenerme en el puesto. Así, pues, cuando en la acera me tropiece con algún Montesco, le echo fuera.

GREGORIO (Adrián Flores). La contienda es entre nuestros amos, no entre nosotros sus servidores.

SANSÓN (Escalante). Es igual, quiero mostrarme tirano. Cuando me haya batido con los criados, seré cruel-con las doncellas. Les quitaré-la vida.

GREGORIO (Adrián Flores). ¿La vida de las doncellas?

SANSÓN (Escalante). Sí, la vida de las doncellas.

GREGORIO (Adrián Flores). En conciencia lo tomarán las que sientan el daño.

SANSÓN (Escalante). Se lo haré sentir mientras tenga aliento y sabido es que soy hombre de gran nervio.

GREGORIO (Adrián Flores). Fortuna es que no seas pez; si lo fueras, serías un pobre

arenque. Echa fuera el estoque; allí vienen dos de los Montesco.

(*Entran* ABRAHAM (Francisco Luis) y BALTASAR (Anton))

SANSÓN (Escalante). Desnuda tengo la espada. Busca querella, detrás de ti iré yo.

GREGORIO (Adrián Flores). ¡Cómo! ¿irme detrás y huir?

SANSÓN (Escalante). No temas nada de mí.

GREGORIO (Adrián Flores). ¡Temerte yo! No, por cierto.

SANSÓN (Escalante). Pongamos la razón de nuestro lado; dejémosles comenzar.

GREGORIO (Adrián Flores). Al pasar por su lado frunciré el ceño y que lo tomen como quieran.

SANSÓN (Escalante). Di más bien como se atrevan. Voy a morderme el dedo pulgar al enfrentarme con ellos y un baldón les será si lo soportan.

ABRAHAM (Francisco Luis). ¡Eh! ¿Os mordéis el pulgar para afrentarnos?

SANSÓN (Escalante). Me muerdo el pulgar, señor.

BALTASAR (Anton). ¿Os lo mordéis, señor, para causarnos afrenta?

SANSÓN (Escalante) (*aparte a* GREGORIO (Adrián Flores)) ¿Estará la justicia de nuestra parte si respondo sí?

GREGORIO (Adrián Flores). No.

SANSÓN (Escalante). No, señor, no me muerdo el pulgar para afrentaros; me lo muerdo, sí.

GREGORIO (Adrián Flores). ¿Buscáis querella, señor?

ABRAHAM (Francisco Luis). ¿Querella decís? No, señor.

SANSÓN (Escalante). Pues si la buscáis, igual os soy: Sirvo a tan buen amo como

VOS.

SANSÓN (Escalante). En buen hora, señor.

(Aparece a lo lejos BENVOLIO (LUIS FERNANDO))

BALTASAR (Anton). Mentís.

SANSÓN (Escalante). Desenvainad, si sois hombres.

GREGORIO (Adrián Flores), no olvides tu estocada maestra.

(Pelean.)

BENVOLIO (Luis Fernando) *(abatiendo sus aceros.)* ¡Tened, insensatos! Envainad las espadas; no sabéis lo que hacéis

(Entra TEBALDO (David Ruiz))

TEBALDO (David Ruiz). ¡Cómo! ¿Espada en mano entre esos gallinas? Vuélvete, Benvolio, mira por tu vida

BENVOLIO (Luis Fernando). Lo que hago es apaciguar; torna tu espada a la vaina, o sírvete de ella para ayudarme a separar a esta gente.

TEBALDO (David Ruiz). ¡Qué! ¡Desnudo el acero y hablas de paz! Odio esa palabra como odio al infierno, a todos los Montescos y a ti? Defiéndete, cobarde!

(Se baten. Entran partidarios de las dos casas, que toman parte en la contienda;enseguida algunos ciudadanos armados de garrotes.)

CIUDADANOS (Clase). ¡Garrotes, picas,! ¡Arrimad, derribadlos! ¡A tierra con los Capuletos! ¡A tierra con los Montescos!

(Entran, CAPULETO (Álvaro Siles) en traje de casa, y su esposa.)

CAPULETO (Álvaro Siles). ¡Qué ruido es éste! ¡Hola! Dadme mi espada de combate

LADY CAPULETO (Laura De Bruym). ¡Un palo, un palo! ¿Por qué pedís una espada?

CAPULETO (Álvaro Siles). ¡Mi espada digo! Ahí llega el viejo Montesco que esgrime la suya desafiándome.

(Entran MONTECO (Sebastian Stirling) y LADY MONTECO (Beth Hamill))

MONTECO (Sebastian Stirling). ¡Tú, miserable CAPULETO (Álvaro Siles)! -No me contengáis, dejadme en libertad.

LADY MONTECO (Beth Hamill). No darás un solo paso para buscar un contrario

(Entran el PRÍNCIPE (Alejandro Vega) y sus acompañantes.)

PRÍNCIPE (Alejandro Vega). Súbditos rebeldes, enemigos de la paz, profanadores de ese acero que mancháis de sangre conciudadana -¿No quieren oír? ¡Eh, basta! hombres, bestias feroces que saciáis la sed de vuestra perniciosa rabia en rojos manantiales que brotan de vuestras venas, bajo pena de tortura, arrojad de las ensangrentadas manos esas inadecuadas armas y escuchad la sentencia de vuestro irritado príncipe.

Tres discordias civiles, nacidas de una vana palabra, han, por tu causa, viejo Capuleto, por la tuya, Montesco, turbado por tres veces el reposo de la ciudad y hecho que los antiguos habitantes de Verona despojándose de sus graves vestiduras, empuñen en sus vetustas manos las viejas partesanas enmohecidas por la paz, para reprimir vuestro inveterado rencor. Si volvéis en lo sucesivo a perturbar el reposo de la población, vuestras cabezas serán responsables de la violada tranquilidad. Por esta vez que esos otros se retiren. Vos, Capuleto, seguidme; vos, Montesco, id esta tarde a la antigua residencia de Villafranca, ordinario asiento de nuestro Tribunal, para conocer nuestra ulterior decisión sobre el caso actual. Lo digo de nuevo, bajo pena de muerte, que todos se retiren.

(Vanse todos menos Montesco, Lady Montesco y Benvolio)

MONTECO (Sebastian Stirling). ¿Quién ha vuelto a despertar esta antigua querella? Habla, sobrino, ¿estabas presente cuando comenzó?

BENVOLIO (Luis Fernando). Los hombres de Capuleto y los vuestros estaban aquí batiéndose encarnizadamente antes de mi llegada: yo desenvainé para apartarlos: en tal momento se presenta el violento Tebaldo, espada en

mano, lanzando a mi oído provocaciones al propio tiempo que blandía sobre su cabeza la espada, hendiendo el aire, que sin recibir el menor daño, lo befaba silbando. Mientras nos devolvíamos golpes y estocadas, iban llegando y entraban en contienda partidarios de uno y otro bando, hasta que vino el Príncipe y los separó.

LADY MONTESCO (Beth Hamill). ¡Oh! ¿dónde está Romeo? ¿Le habéis visto hoy? Muy satisfecha estoy de que no se haya encontrado en esta refriega.

BENVOLIO (Luis Fernando). Señora, una hora antes que el bendecido sol comenzara a entrever las doradas puertas del Oriente, la inquietud de mi alma me llevó a discurrir por las cercanías, en las que, bajo la arboleda de sicomoros que se extiende al Oeste de la ciudad, apercibí, ya paseándose, a vuestro hijo. Dirigime hacia él; pero descubriome y se deslizó en la espesura del bosque: yo, juzgando de sus sentimientos por los míos, que nunca me absorben más que cuando más solo me hallo, di rienda a mi inclinación no contrariando la suya, y evité gustoso al que gustoso me evitaba a mí.

MONTESCO (Sebastian Stirling). Muchas albas se le ha visto en ese lugar aumentando con sus lágrimas el matinal rocío y haciendo las sombras más sombrías con sus ayes profundos. Mas, tan pronto como el sol, que todo lo alegra, comienza a descender, a la extremidad del Oriente, las densas cortinas del lecho de la Aurora, huyendo de sus rayos, mi triste hijo entra furtivamente en la casa, se aísla y enjaula en su aposento, cierra las ventanas, intercepta todo acceso al grato resplandor del día y se forma él propio una noche artificial. Esta disposición de ánimo le sera luctuosa y fatal si un buen consejo no hace, cesar la causa.

BENVOLIO (Luis Fernando). Mi noble tío, ¿conocéis vos esa causa?

MONTESCO (Sebastian Stirling). Ni la conozco ni he alcanzado que me la diga.

BENVOLIO (Luis Fernando). ¿Habéis insistido de algún modo con él?

MONTESCO (Sebastian Stirling). Personalmente y por otros muchos amigos; pero él, solo confidente de sus pasiones, en su contra -no diré cuán veraz- es tan reservado, tan recogido en sí mismo, tan insondable y difícil de escudriñar

como el capullo roído por un destructor gusano antes de poder desplegar al aire sus tiernos pétalos y ofrecer sus encantos al sol. Si nos fuera posible penetrar la causa de su melancolía, lo mismo que por conocerla nos afanaríamos por remediarla.

(Aparece Romeo (Milena Fernández), a cierta distancia.)

BENVOLIO (Luis Fernando). Mirad, allí viene: tened a bien alejaros. Conoceré su pesar o a mucho desaire me expondré.

MONTESCO (Sebastian Stirling). Ojalá que tu permanencia aquí te proporcione la gran dicha de oírle una confesión sincera. Vamos, señora, retirémonos.

(MONTESCO (Sebastian Stirling) y su esposa se retiran.)

BENVOLIO (Luis Fernando). Buenos días, primo.

ROMEO (Milena Fernández). ¿Tan poco adelantado está el día?

BENVOLIO (Luis Fernando). Acaban de dar las nueve.

ROMEO (Milena Fernández). ¡Infeliz de mí! Largas parecen las horas tristes. ¿No era mi padre el que tan deprisa se alejó de aquí?

BENVOLIO (Luis Fernando). Sí. -¿Qué pesar es el que alarga las horas de Romeo?

ROMEO (Milena Fernández). El de carecer de aquello cuya posesión las abreviaría.

BENVOLIO (Luis Fernando). ¿Carencia de amor?

ROMEO (Milena Fernández). Sobra.

BENVOLIO (Luis Fernando). ¿De amor?

ROMEO (Milena Fernández). De desdenes de la que amo.

BENVOLIO (Luis Fernando). ¡Ay! ¡Que el amor, al parecer tan dulce, sea en la prueba tan tirano y tan cruel!

ROMEO (Milena Fernández). ¡Ay! ¡que el amor, cuyos ojos están siempre vendados, halle sin ver la dirección de su blanco! ¿Dónde comeremos? ¡Oh,

Dios! ¿qué refriega era ésta? Mas no me lo digáis, pues todo lo he oído. Mucho hay que luchar aquí con el odio, pero más con el amor. ¡Sí, amante odio! ¡Amor quimerista! ¡Todo, emanación de una nada preexistente! ¡futilidad importante! ¡grave fruslería! ¡informe caos de ilusiones resplandecientes! ¡leve abrumamiento, diáfana intransparencia, fría lava, extenuante sanidad! ¡sueño siempre guardián, asunto en la esencia! -Tal cual eres yo te siento; yo, que en cuanto siento no hallo amor! ¿No te ríes?

BENVOLIO (Luis Fernando). No, primo, lloro mas bien.

ROMEO (Milena Fernández). ¿Por qué, buen corazón?

BENVOLIO (Luis Fernando). De ver la pena que oprime tu alma.

ROMEO (Milena Fernández). ¡Bah! El yerro de amor trae eso consigo. Mis propios dolores ya eran carga excesiva en mi pecho; para oprimirlo más, quieres aumentar mis pesares con los tuyos. La afección que me has mostrado añade nueva pena al exceso de mis penas. El amor es un humo formado por el vapor de los suspiros; alentado, un fuego que brilla en los ojos de los amantes; comprimido un mar que alimentan sus lágrimas. ¿Qué más es? Una locura razonable al extremo, una hiel que sofoca, una dulzura que conserva. Adiós, primo.

BENVOLIO (Luis Fernando). Aguardad, quiero acompañaros; me ofendéis si me dejáis así.

ROMEO (Milena Fernández). ¡Bah! Yo no doy razón de mí propio, no estoy aquí; éste no es Romeo; él está en otra parte.

BENVOLIO (Luis Fernando). Decidme seriamente, ¿quién es la persona a quien amáis?

ROMEO (Milena Fernández). ¡Qué! ¿habré de llorar para decírtelo?

BENVOLIO (Luis Fernando). ¿Llorar? ¡Oh! no; pero decidme en seriedad quién es.

ROMEO (Milena Fernández). Pide a un enfermo que haga gravemente su testamento. ¡Ah! ¡Tan cruel decir a uno que se halla en tan cruel estado! Seriamente, primo, amo a una mujer.

BENVOLIO (Luis Fernando). Di exactamente en el punto cuando supuse que amabais.

ROMEO (Milena Fernández). ¡Excelente tirador! Y la que amo es hermosa.

BENVOLIO (Luis Fernando). A un hermoso, excelente blanco, bello primo, se alcanza más fácilmente.

ROMEO (Milena Fernández). Bien, en este logro te equivocas: ella está fuera del alcance de las flechas de Cupido, tiene el espíritu de Diana y bien armada de una castidad a toda prueba, vive sin lesión-del feble, infantil arco del amor. La que adoro no se deja importunar con amorosas propuestas, no consiente el encuentro de provocantes miradas ni abre su regazo al oro, seductor de los santos. ¡Oh! Ella es rica en belleza, pobre únicamente porque al morir mueren con ella sus encantos. Ha jurado no amar nunca y este juramento da la muerte, manteniendo la vida, al mortal que te habla ahora.

BENVOLIO (Luis Fernando). Sigue mi consejo, deséchala de tu pensamiento.

ROMEO (Milena Fernández). ¡Oh! Dime de qué modo puedo cesar de pensar.

BENVOLIO (Luis Fernando). Devolviendo la libertad a tus ojos, deteniéndolos en otras beldades.

ROMEO (Milena Fernández). Ése sería el medio de que encomiara más sus gracias exquisitas. Esas dichosas máscaras que acarician las frentes de las bellas, aunque negras, nos traen a la mente la blancura que ocultan. El que de golpe ha cegado, no puede olvidar el inestimable tesoro de su ver perdido. Pon ante mí una mujer encantadora al extremo, ¿qué será su belleza sino una página en que podré leer el nombre de otra beldad más encantadora aún? Adiós, tú no puedes enseñarme a olvidar.

BENVOLIO (Luis Fernando). Yo adquiriré esa ciencia o moriré sin un ochavo.

(Vanse.)